

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00
 Extranjero . . . 1'50

SOBRE LA CONFEDERACIÓN NACIONAL DEL TRABAJO

Atendiendo los justos requerimientos del querido colega *Solidaridad Obrera* de hacer lo posible para llevar a la práctica los acuerdos que por unanimidad se adoptaron en el Congreso Internacional del Ferrol, ponemos mano a la obra, a fin de que en breve plazo pueda reorganizarse la disuelta Confederación Nacional del Trabajo de España.

Dos razones nos mueven: la imperiosa necesidad de aunar esfuerzos, la propaganda, la solidaridad del proletariado español de tendencia revolucionaria, y la creencia de que más tarde podrá ser un hecho la Confederación Ibérica, primer jalón de la Internacional obrera.

Creemos útil la organización cuando encarna una aspiración, un deseo y persigue una finalidad económica emancipadora.

No hay incompatibilidad — como creen algunos —, entre el anarquismo y el sindicalismo revolucionario, sino que existe afinidad complementaria. Entendemos que no puede haber emancipación filosófica o política, si antes o al mismo tiempo no se resuelve el problema económico. Por eso somos partidarios entusiastas de los organismos que, como la Confederación Nacional, tienen amplio criterio y preconizan la autonomía entre sus adherentes, levantan el espíritu y educan a las multitudes, encauzándolas hacia las regiones ideológicas, despertando el sentimiento de dignidad, tan necesario para desarrollar las potentes individualidades, base y garantía de un futuro igualitario.

No somos partidarios del uniformismo, pero entendemos que es indispensable que se llegue a un acuerdo, a un tipo de organización racional, evitando el fárrago de organismos inútiles, que hoy pululan y no responden a ninguna necesidad táctica. Creemos la Confederación Nacional indispensable para que aporte el convencimiento a los obreros, despierte en ellos el espíritu de clase y acabe con el corporativismo, el personalismo castrador de energías y obstáculo considerable para el funcionamiento y práctica de la solidaridad.

Las circunstancias por las que

atravesamos no son las mejores ni las más atrayentes; al contrario, son propias para enfriar los entusiasmos y deprimir los espíritus. A pesar de tener todos los factores en contra, sabemos que se puede reaccionar contra el ambiente e imponer su voluntad poderosa el proletariado español, para organizarse nacionalmente.

La unión nacional es algo que se deja sentir, un vacío que debe llenarse cuanto antes, para evitar que se siga embruteciendo a los obreros, haciéndoles vivir esperanzados de que su emancipación depende del número de representantes que envíen a las Cámaras y que se sigan destruyendo las iniciativas individuales por un centralismo absorbente, avasallador, sintetizado por la Unión General de Trabajadores.

La tarea emprendida es inmensa, y por esta misma razón debemos todos colaborar para que llegue a término y sea coronada por éxito esplendente y duradero. No faltan afortunadamente en España, activos compañeros, que cuidarán de aportar sus entusiasmos, su actividad y su inteligencia al servicio de tan noble como útil empresa, convenciendo a los refractarios, a los que titubean sobre el ingreso en la Confederación Nacional del Trabajo.

Si hay interés en que el organismo sea vigoroso, no sólo por su fuerza numérica, sino por su valor moral e ideológico, lo será. Es cuestión de dignidad para los obreros revolucionarios, partidarios de la acción directa, que así sea. Organizados nacionalmente será difícil para la burguesía y las autoridades, atropellar en silencio, a los individuos y colectividades en medio de la general indiferencia, como sucede actualmente, puesto que un organismo nacional puede emprender para cada caso una intensa y ruidosa campaña de protesta que ponga en movimiento a los obreros todos, impidiendo que la injusticia se consuma con desconcertante impunidad.

¡Adelante, pues! ¡Que cada cual cumpla con su deber para con la Confederación Nacional del Trabajo de España!

¡Arriba! ¡Más arriba!

Echemos el lastre que nos impide el vuelo y dejemos que nuestro globo busque mayor altura para colocarnos encima y más allá de todas las vilezas de esta corrompida sociedad en que estamos condenados a vivir.

Podemos compadecer en estos momentos trágicos, el esfuerzo brutal de los que desean y quieren la guerra; podemos disculpar a los que, inconscientes en mansas borregadas, siguen a insulsos charlatanes, sugestionados por los malos pastores de la burguesía italiana interesada en intervenir en la matanza europea; pero no podemos tolerar la vileza de los politicistas del socialismo que de un día al otro cambian su fe socialista e internacional por la fe patriótica más acentuada.

¡Desgraciados y traidores! Vuestro socialismo y vuestro internacionalismo servía de máscara a vuestra desenfadada ambición. Queríais la medallita de Montecitorio, el asiento en el Consejo Comunal y Provincial y habéis disimulado vuestra fe egoísta y burguesa; habéis engañado a los

trabajadores, que, testarudos a los consejos anarquistas — siempre abstencionistas —, se han prestado a servir de escalón, mientras vosotros meditabais la traición. ¡Y, ahora, a la matanza, trabajadores de Italia! ¡A la carnicería por el honor de la bandera que vosotros no amáis, que no es la vuestra, pero sí la de vuestros amos y explotadores! ¡A la horrenda hecatombe contra otros desgraciados proletarios encegucidos como vosotros, como vosotros engañados. Y cuando vencidos o vencedores, hayáis perdido la flor de los vuestros; cuando diezados por la muerte e impotentes al trabajo y a las luchas civiles, por las heridas, por la extenuación, por los sufrimientos inauditos de la guerra, volváis al arado y a la oficina, el propietario burgués os remachará de nuevo la cadena de la servidumbre económica y se reirá de vosotros, tontos y pobres de espíritu, que una vez más os dejasteis conducir al matadero siguiendo a las encantadoras sirenas del periodismo, de la tribuna y del arte, que la burguesía paga generosamente para que cumpla su nefasta misión! ¡A la muerte, pues! ¡Maltratad a los que

intenten, en nombre de una sincera fe, deteneros al borde del abismo! ¡Maltratadnos a nosotros anarquistas que negamos la patria y estamos dispuestos a morir por un ideal más civilizado, más humano, de solidaridad universal! ¡Maltratadnos y dejad que los esbirros de la burguesía nos supriman impidiendo nuestras afirmaciones! Pero, alguno de nosotros quedará, y volverá a decir, con la fuerza natural que le dará el eterno progreso, nuestra gran verdad: ¡la verdad que hoy ahogáis!

¡Nosotros no ocultamos el dolor que nos produce nuestra impotencia para evitar esta matanza de proletarios, hermanos nuestros; nosotros no escondemos nuestra desilusión; esperábamos que la conciencia de los obreros hubiera evolucionado lo suficiente para rebelarse al delito impuesto por esta guerra fratricida; nos hemos engañado! ¿Qué importa? La victoria del Cristianismo, dígame quien conozca la historia, tuvo su aurora justamente en un momento de dolor y de desaliento para los discípulos de Cristo. Ciertamente no auguramos al anarquismo el triunfo de resignación del cristianismo; en la historia determinados fenómenos se repiten, pero con las indispensables rectificaciones y correcciones. Que las falanges proletarias echen a un lado las armas y renuncien al recíproco exterminio; que de los campos de muerte surja la voz del dolor y del remordimiento; que la semilla de la rebelión echada a manos llenas, encuentre en el dolor universal el terreno fértil para germinar, y nuestra fe triunfará desechando la barbarie de la guerra a la época de un pasado bestial y prehumano. Y nosotros, pocos pero convencidos, nosotros irreductibles negadores de la vieja idealidad patriótica — causa de tantos horrores — permaneceremos firmes en nuestros puestos. Contra todo y contra todos. Y mientras pasa el ejército en masa borregada hacia la matanza, gritamos: ¡Viva La Internacional! ¡Abajo la guerra!

LUIS MOLINARI
 Milán.

Pequeño comentario a la guerra grande

Bien que considerando que durante el tiempo transcurrido se ha escrito suficiente y sobradamente acerca de la actual guerra europea, séame permitido juntar mi voz por breves momentos al coro de comentaristas de la misma con motivo del primer aniversario de su iniciación.

Ya no es ocasión de derramar un torrente de lágrimas sobre este asunto, y aunque lo fuera no me molestaría en ello; tampoco me preocuparé en lanzar un anatema que poder añadir a los muchos lanzados contra unas y otras naciones beligerantes y contra tales o cuales partidos, clases e individuos.

Me place hacer aquí remarcar ligeramente ciertas diferencias de apreciación y denominación de hechos esencialmente iguales, fundamentalmente idénticos.

A una revuelta o revolución popular se la considera por parte de los gobiernos constituidos un acto ilegal y criminoso, aunque sea conveniente o necesario para el pueblo; en cambio, estos mismos gobiernos consideran legal y justa una guerra, bajo la falsa razón de que es conveniente y necesaria a todo el país.

Al que viola una morada y se apodera de algo con que lograr el sustento que por culpa de la constitución de la sociedad actual se ve privado de procurarse honrosamente, se le encarcela, denominándole granuja y ladrón; sin embargo, a los depredadores de ciudades y comarcas enteras y usurpadores de bienes y útiles, mientras éstos pertenezcan a nación contraria, se les glorifica y se recompensa su hazaña calificándoles de dignos y bravos luchadores de la Patria.

Al que cegado por un acaloramiento momentáneo o arrastrado por una ofusadora pasión mata a una persona, se le llama asesino. A los que fría, premeditada y hasta científicamente matan a infinidad de seres humanos, se les denomina héroes. Finalmente, cuando alguno de los nues-

tros ha atentado contra un jefe de Estado o algún elevado personaje, han caído sobre él toda clase de injurias, insultos y requerimientos vengativos por parte de las *gentes de bien*, que honrarían, alabarían y premiarían con largueza al que aceptase a exterminar a alguno de los jefes o significados personajes de una nación enemiga.

Se dirá: La guerra es la guerra. ¿Pero es que los humanos entre sí no estamos siempre en guerra, aunque no siempre en batalla? ¡Oh, paradojas de la vida!

J. BOS
 Barcelona Julio de 1915.

Hacia la realización

Siempre que se toma por tema en las discusiones, la realización del anarquismo, con el Estado y por ende con la «patria», es objeción muy común, manifestar que es peligrosa para la marcha de la actual sociedad, la carencia de un poder central, como lo es el gobierno. Y se objeta que es imposible concebir la unión de las naciones en una sola comunidad; porque, según ellos, representa este hecho el comienzo de la pérdida del concepto de la nacionalidad. Llegamos así de continuo a la ignorante manifestación de que la patria es el lugar de nacimiento.

Lo hemos repetido hasta el cansancio; cuando la patria de cada uno sea la humanidad, habrán cesado las luchas entre las naciones, porque se amalgamará el concepto de razas. Será entonces sola la raza del Universo, porque indudablemente este prejuicio que acarrea el sentimiento estrecho de patria, y que trae estas guerras continuas, guerras de odio y de exterminio, ha de desaparecer completamente. Se nos ataca, pues, de enemigos de la patria, porque aspiramos a que ella abarque toda la humanidad, haciendo, por consiguiente, más extenso y expresivo el vocablo de nación.

Somos también enemigos de las seguridades y libertades sociales porque deseamos la supresión de los gobiernos. Los hombres, al venir al mundo, parecen divididos y catalogados por una infinidad de hechos casuales; y de ahí la gran división en desheredados y en ricos; estos últimos, que han nacido bajo la tutela de una diosa llamada «fortuna», que los ha erigido, por el solo hecho de ser hijos de sus padres, en mandatarios y en patronos. Y este primer acto de la comedia de la Vida, es contrariamente de lo que sucede en la mayoría de los dramas de la vida real, el más doloroso.

Nosotros deseamos la igualdad de todos los hombres como medida preparatoria para llegar a la conclusión de que por el hecho de ser todos los hombres iguales, no deben existir gobernantes, pues sería sostener con ellos la superioridad moral de una cantidad limitada de hombres. Por eso queremos la supresión de los gobiernos.

Bien pueden nuestros contrincantes atacarnos de enemigos de la «seguridad social», porque arrasamos, con la supresión de los gobiernos, las dolorosas miserias que aquejan al mundo y de los que padecen, aquellos que fueron desheredados por la selección a que anteriormente me he referido, porque llevaban en sus cerebros la clara vislumbre de un horizonte sin máculas; en sus brazos atletas, la fuerza que habría de taladrar las inmensas selvas, dejando ver claros de luz, por donde pasarán más tarde los elementos del progreso y, finalmente, porque cobijaban en sus pechos el hereditario dolor intenso de una vida llena de padecimientos y de torturas.

Cumplidas estas primeras bases, llegaremos sin aviso previo al Comunismo Anárquico. En tal estado la sociedad futura, será un símbolo de igualdad y de justicia, porque los moradores de ella han de trabajar sin distinción de clases para asegurarse los alimentos necesarios a su manutención. Un símbolo de igualdad y de justicia, digo, porque la división del trabajo será la base más sólida y equitativa que se pueda exigir en un medio donde todos

son iguales, no ante la ley — la ley es bárbara. El hombre, en el actual estado de la civilización, después de tantos padecimientos, debe sentirse demasiado fuerte para gobernarse de acuerdo con su propia conciencia, sin supeditarse al contenido de códigos anacrónicos, sino que son iguales ante los hombres.

Esa sociedad será la herencia más hermosa que habremos de dar a nuestros hijos. La herencia de dinero es un principio hacia la burguesía, hacia la desigualdad de clases, que propaga la pereza y el odio al trabajo.

Nos objetan mucho más, pero ocuparnos de todas ellas en un solo artículo sería demasiado extenso; especialmente para desvirtuar aquella que nos coloca como peligrosos para la Sociedad, irónica objeción que, como todas las habidas y por haber, se distingue por la incoherencia y la infantilidad con que se nos dirige.

Reivindiquemos para nosotros las objeciones que se les dirigen a otros partidos que ostentan el título de avanzados. Nuestra labor continua ha de ir abatiendo a nuestros críticos, porque, indiscutiblemente, nuestros principios van adquiriendo mayor número de secuaces a medida que más se propagan.

Permanezcamos en la firme convicción de que nuestra obra es eminentemente humana; ella ha de imponerse como tal con el transcurso del tiempo. Recordemos aquel famoso aforismo que dice: «A fuerza de machacar el hierro al fin se dobla».

YSKOR

Síntomas de claudicación

Me refiero a la actitud de algunos delegados socialistas al Congreso de París, preparatorio del internacional que debía tener lugar en Viena, en agosto de 1914. Era, si no recuerdo mal, a fines de junio del mismo año; es decir, unos 40 ó 50 días antes del rompimiento de las hostilidades franco-alemanas. El leader del socialismo reformista, Jaurés, con su elocuencia característica, defendía la moción, por él mismo presentada en dicho Congreso (Kerr-Hardy-Vaillant), noción que oponía, a la guerra internacional, la revolución y la huelga general.

El hombre-veleta Hervé y el envidioso Guesde, fueron, entre los revolucionarios congresistas, los que con más constancia y más sistemáticamente combatieron dicha moción, y a pesar de la influencia que la oratoria de Jaurés podía ejercer sobre los congresistas, mil setecientos y pico solamente la apoyaron contra mil trescientos y pico que la desestimaron. (Siento no poder precisar las unidades del voto.)

Le chocante, lo incomprendible fué, la inversión de actitud de ambas fracciones (revolucionaria y reformista) ante la moción «Kerr-Hardy-Vaillant». En Congresos anteriores la misma moción era presentada por la fracción revolucionaria y generalmente combatida por la reformista. Y este día, sucedió todo lo contrario: presentada por el más fervoroso reformista y combatida por los más caracterizados revolucionarios. ¿Y qué alegaban los que parecían arrepentirse de su bella actitud de antaño? Que no era lógica la adopción de dicha moción, porque ponía en inferioridad y en peligro la nación que contaba con menos revolucionarios, caso de haber conflicto entre dos naciones.

De modo que, ya lo sabéis, antes de oponer la revolución a la guerra internacional, hemos de procurar equilibrar las fuerzas rebeldes de ambas naciones. ¡Cabe mayor absurdo!

La actitud de Hervé no sorprendió a nadie, porque todos sabíamos que desde que en la sala Wagram (París) había expuesto sus «Meditaciones en la cárcel», al salir de la Conciergerie (1), no hacía más que chochear.

Sus esfuerzos constantes para formar el «bloc» con los radicales, demostraban que el miedo había vencido aquella voluntad rebelde y batalladora. Después de 11

(1) Cárcel de París.